

La necesidad de una visión integral del cambio climático

ASUNCIÓN LERA ST. CLAIR*

RESUMEN: Colocando como una de sus tesis centrales su definición como un tema de paz y seguridad, este ensayo, elaborado por una *lead author* del próximo 5º Informe del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la ONU, apunta a superar la perspectiva economicista y politicista que regularmente rige la concepción hegemónica del cambio climático. Convoa a desarrollar un nuevo *framing* transdisciplinario en el que el cambio climático sea asumido como un reto civilizatorio del siglo XXI que exige ser abordado desde una visión integral que lo reconozca unificadamente como un problema de desarrollo, ético y de justicia, para impulsar contrarrestarlo desde el principio de la seguridad humana.

PALABRAS CLAVE: seguridad humana, cambio climático, calentamiento global, ética ambiental, desarrollo.

ABSTRACT: Collocating as one of its central theses its definition as a matter of peace and security, this essay, prepared by a *lead author* of the forthcoming 5th Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change of UN, aims to overcome the economicist and politicist perspective that regularly rule the hegemonic conception of climate change. Convoke to develop a new transdisciplinary framing in which climate change must to be view like a civilizatory challenge for the twenty-first century that demands to be addressed from a comprehensive vision and recognize it as a unified problem of development, ethics and justice, to impulse counteract it from principle of human security.

KEYWORDS: human security, climate change, global warming, environmental ethics, development.

Mientras que los líderes globales se reúnen en Cancún para discutir qué hacer respecto al cambio climático, nuestro conocimiento sobre esta problemática continúa siendo muy limitado. Domina una visión reduccionista del problema, primordialmente tratado como una crisis medio ambiental y de falta de tecnología. Este reduccionismo al que refiero fue la principal causa del fracaso de la conferencia realizada el año antepasado en Copenhague. Lamentablemente, los errores cometidos se repiten nuevamente, porque antes de que la política pueda actuar es necesario construir nuevos enfoques sobre el cambio climático. Estos nuevos enfoques deberán ser más humanos, responsables, reflexivos y creativos que el actual discurso dominante.

* Investigadora de la Universidad de Bergen, Noruega, recientemente designada *lead author* del 5º Informe del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la ONU. Además es destacado miembro del Comparative Research Programme on Poverty (CROP) y Senior Researcher del Chr. Michelsens Institute. Su investigación se concentra en estudios sobre pobreza, desarrollo y ética ambiental, sociología del conocimiento, teoría y ética social e instituciones multilaterales. Entre sus obras recientes se encuentran *Climate Change, Ethics and Human Security* (con Karen O'Brien y Berit Kristoffersen), Cambridge University Press, 2010; *Development Ethics: A Reader* (con Des Gasper) Ashgate, 2010; *Global Poverty, Ethics and Human Rights: What Role for Multilateral Organizations* (con Desmond McNeill) Routledge, 2009.

La concepción hegemónica en torno al cambio climático es una visión dominada por las “ciencias duras”, la cual centra su análisis en el proceso de calentamiento global y en las consecuencias para los sistemas socio-ecológicos que sustentan la vida humana y las sociedades en todo el mundo. Esta perspectiva dominante, establecida a partir del trabajo del Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) de la ONU es el resultado de descubrimientos científicos y recursos tecnológicos modernos a través de los cuales diversos científicos pudieron comprender en mayor profundidad el sistema de la tierra, como así también los factores que impulsan su funcionamiento. Evidentemente, sin el conocimiento de las ciencias naturales, las fórmulas matemáticas, las traducciones binarias y las supercomputadoras no hubiese sido posible realizar estimaciones y modelos sobre el clima, por tanto, “descubrir” el efecto invernadero. Actualmente podemos predecir el tiempo y ver sus cambios, comparar los patrones actuales con los del pasado, pero el cambio climático *per se*, no puede ser visto ni puede percibirse. Se necesita la ciencia. Pero esta ya ha establecido el efecto invernadero y aunque se necesita evidentemente entender y realizar mayor investigación en las ciencias naturales, estas no pueden resolver el alto nivel de incertidumbre y complejidad del problema, ni pueden atender a responder el significado que el cambio climático tiene para los seres humanos, las comunidades y las sociedades.

Las principales razones por las cuales la política no ha sido capaz de responder adecuadamente a lo que de modo nítido constituye el desafío más importante como civilización que ha enfrentado nuestra generación, están relacionadas con la complejidad, la incertidumbre y las diferentes percepciones sobre qué significa ese cambio para las diversas comunidades e individuos que habitan en el mundo. Puede decirse que enfrentamos un desafío no-lineal, en el cual los aportes de la ciencia a la política deberían estar mediados por una comprensión mucho más contextual de la cuestión, por ejemplo, qué está en juego y para quién son preguntas centrales que ni la ciencia ni la política pueden responder de forma aislada. No existen respuestas fáciles al cambio climático, especialmente en ausencia de un serio debate sobre las verdaderas causas de la problemática y en torno al significado que esta experiencia tiene y tendrá para las distintas sociedades y su gente.

El discurso imperante sobre cambio climático señala que enfrentamos un serio problema ambiental, que si no es inmediatamente atendido afectará a la humanidad de forma nunca antes conocida. Existe un entendimiento implícito de que la seguridad de todos, de la raza humana como tal, está en juego. También se reconoce que existen diferencias en torno a la vulnerabilidad y a las capacida-

des de adaptación. Las poblaciones del Sur global son actualmente las más afectadas por el cambio climático y, dentro de ellas, los más vulnerables son las regiones y los sectores más pobres. Sin embargo, aunque este “discurso ambientalista” manifieste claramente que el cambio climático tendrá impactos diferenciados, fracasa por no realizar un análisis crítico del contexto social, institucional, económico, político y humano en el que el cambio climático ha surgido y está teniendo lugar. Y falla en analizar concienzudamente las relaciones perversas entre modelos de desarrollo y persistencia de pobreza y alta desigualdad en el planeta. El discurso dominante está ciego a los aspectos negativos de modelos de desarrollo y progreso de los que el cambio climático es un síntoma. Esto resulta en un refortalecimiento de los patrones de desarrollo que han generado la crisis climática y que, contradictoriamente, se usan para proponer “soluciones” al cambio climático. El predominio de los enfoques tecnológicos y de gestión (centrados casi excluyentemente en atender los síntomas, no a las causas), facilitan el juego político limitando los debates a las evaluaciones de costos y beneficios, en lugar de promover debates más amplios, éticos y de valores, de visiones del futuro y de la humanidad que el tema exige.

Sin lugar a dudas, las nuevas tecnologías limpias (que permiten producir energía libre de carbono), como también los descubrimientos científicos que contribuyen a la sustitución o reducción de la cantidad de combustible necesaria para mantener nuestro estilo moderno de vida, son de gran importancia. Sin embargo, ninguna de esas tecnologías resolverá las cuestiones de fondo vinculadas al cambio climático. Cuáles son los riesgos soportables, cómo se distribuirán los costos que conlleva la transición hacia sociedades libres de carbono, cómo evitar que los más vulnerables y menos responsables por las emisiones sigan soportando los efectos más negativos de las mismas, son sólo algunas de las cuestiones que continúan irresueltas. Son necesarias las ciencias interpretativas, las ciencias sociales y las humanidades, las ciencias del comportamiento y las leyes que regulan la convivencia.

Se vuelve imprescindible, por ello, avanzar hacia una comprensión del funcionamiento de los sistemas, incluyendo los sistemas socio-económicos tanto a nivel local como regional y global. También se necesita un entendimiento más global de la cohesión social y las consecuencias de acciones humanas más allá de territorio nacionales. Y una condición previa para que este entendimiento se logre es el que los individuos en todo el mundo puedan entender cuál es el significado del cambio climático para ellos; qué significa en relación a sus modos de vida, sus valores, su visión del mundo y del futuro. Estas perspectivas internas, personales y a nivel humano son absolutamente

necesarias para movilizar la acción a nivel personal y para movilizar la acción política. La ciencia no tiene respuestas o puede diseñar las herramientas necesarias para cambiar los comportamientos. El fracaso político que hemos visto hasta ahora, es evidencia de que la ciencia, ella sola, no tiene la influencia suficiente para modificar la forma en que funciona la política, especialmente la política mundial.

Un discurso que nos permite ampliar la mirada en relación al cambio climático es el de la seguridad humana. Karen O'Brien y yo hemos investigado este tema, también en relación a aspectos éticos, en nuestro último libro.¹ En las últimas dos décadas, la seguridad humana ha sido analizada y desarrollada en un importante discurso internacional que enfatiza el bienestar de los individuos y comunidades ante las múltiples tensiones y amenazas. Adoptando ambas perspectivas, la normativa y la ética, la seguridad humana pone el énfasis sobre los factores que influyen la capacidad de respuesta de los individuos y de las comunidades ante las amenazas a sus necesidades, derechos y valores. En nuestro estudio, argumentamos cómo la seguridad humana puede ser utilizada como un lente crítico a través del cual se discuta y analice el cambio climático. De esta forma, es posible indagar, analizar y evaluar los procesos de cambio climático y sus resultados, pero ahora desde una perspectiva centrada en cuestiones que conciernen a los seres humanos, tanto individual como colectivamente. Dicho enfoque, permite vincular claramente los cambios ambientales con los factores que crean y perpetúan la pobreza, la vulnerabilidad y la inseguridad. Inevitablemente este análisis pone al descubierto cuestiones relativas a las relaciones de poder y a la puja de intereses; pero también plantea cuestiones vinculadas a la cultura, las creencias, los valores y visiones del mundo. La seguridad humana enfatiza no sólo cómo los seres humanos individual y colectivamente viven el cambio climático, sino también cómo perciben sus responsabilidades con las futuras generaciones, incluyendo su propia capacidad para producir resultados que puedan contribuir a un futuro más sustentable y equitativo.

El IPCC de la ONU, galardonado con el Premio Nobel de la Paz 2007, ha instalado satisfactoriamente al cambio climático como una cuestión vinculada a la paz y la seguridad. Y el Informe siguiente, el 5o Informe que debe estar concluido en el 2014, ya está en marcha, con la inclusión de más científicos sociales e incluso de un capítulo sobre seguridad humana. Pero los expertos que trabajan en los informes del IPCC no pueden proporcionar recomendaciones neutrales sobre qué tipos de compensaciones son justas, ni pueden interpretar objetivamente lo que significa el cambio climático para las personas y comunidades. Cuestiones normativas y éticas no pueden ser "evaluadas"

de la misma manera en que se puede evaluar, por ejemplo, el crecimiento del nivel del mar. Preguntas acerca de cuáles son las acciones prioritarias a ejecutar, quiénes deberían pagar los costos de la adaptación, o cómo compensar a grupos específicos por la pérdida de sus medios de vida y cultura, requieren de la deliberación y del debate entre los miembros de sociedades con diversos intereses, valores y prioridades.

Otra limitación clave del IPCC es que como institución no tiene competencia para elaborar conocimiento en las relaciones complejas entre el cambio climático, la desigualdad económica, social y política entre personas y países, y la persistencia de unos niveles de pobreza altísimos. Es importante señalar que no existe otra institución global similar al IPCC para evaluar el estado del arte en el conocimiento sobre la pobreza y el desarrollo.

Como he formulado en otros trabajos, lo que ocurre es que el Banco Mundial se ha convertido en el IPCC de la pobreza *by default*. Con lo que ahora nos encontramos es con un *lobbying* cada vez más obvio de esta institución, con el objetivo de convertirse en la institución experta en temas de desarrollo y cambio climático. Más importante aún, quiere ser la institución que maneje los fondos de ayuda a la adaptación, lo cual lo convertiría en la institución multilateral con más poder frente a los países pobres y su necesidad de adaptarse a las consecuencias negativas de un desarrollo promovido por el mismo Banco Mundial. Una situación realmente perversa. Al mismo tiempo, este posicionamiento del Banco Mundial se convierte en uno de los mayores obstáculos para la posibilidad de acuerdos políticos justos y eficientes. El Banco Mundial ya es visto por muchos como una institución 'en deuda' con el conocimiento en los trabajos vinculados con la pobreza y el desarrollo, por supuesto, además muchos actores importantes lo miran con falta de legitimidad.

No significa esto que las instituciones multilaterales no tengan un rol que desempeñar en la lucha contra el cambio climático, sin embargo, dicho rol necesita ser debatido abiertamente, limitado y reformulado para que no se detenga un debate abierto sobre los modelos de desarrollo basados en soluciones de mercado. Una gran mayoría de los estudiosos que trabajan sobre desarrollo y reducción de la pobreza carecen de reflexión en lo que se refiere al análisis del discurso y de los enfoques dominantes en la investigación de estas problemáticas. Ciertamente, uno de los problemas fundamentales presentes en varios de

¹ K.O'Brien, A. L. St. Clair y B. Kristoffersen, *Climate Change, Ethics and Human Security*, eds., Cambridge University Press, 2010.

los trabajos multilaterales sobre pobreza y desarrollo es su enfoque limitado, economicista y altamente politizado. Un énfasis excesivo en perspectivas económicas politizadas puede minar antes que promover debates abiertos y razonables. Para evitar cambios irreversibles, mientras se reduce la vulnerabilidad a los cambios inevitables, es imprescindible integrar las diversas disciplinas y perspectivas. Esto incluye a los enfoques normativos que priorizan la seguridad humana y las cuestiones de justicia global para generaciones presentes y futuras.

Por todas esas razones es necesaria una ‘nueva ciencia’ sobre el cambio climático, una ciencia que sea capaz de integrar los distintos aportes de las ciencias sociales, las humanidades y otros campos con los recientes hallazgos sobre cómo las actividades humanas influyen en el sistema tierra, permitiendo integrar temas de justicia, ética, responsabilidad y seguridad humana en los debates políticos. La nueva ciencia precisa incluir antropólogos, psicólogos, historiadores, lingüistas, investigadores de la comunicación y los medios, abogados, filósofos y muchos otros expertos en todos aquellos campos que el IPCC aún no evalúa en profundidad. Esta nueva ciencia debería también escuchar las voces de los activistas, estar al tanto de la legislación emergente y atender la multiplicidad de discursos políticos existentes en las diferentes escalas. Esta nueva ciencia debe escuchar e incorporar las visiones y el conocimiento de los grupos indígenas, tan visibles en la región de América Latina y el Caribe, pero también en muchas otras partes del mundo. Asimismo, deberá reconocerse que muchas de las cuestiones planteadas por el cambio climático no tienen respuestas científicas o académicas, que muchos de los desafíos y compromisos ineludibles deberán debatirse en espacios públicos de deliberación.

Existen muchos lugares desde donde comenzar a construir esta nueva ciencia. En nuestro libro, citado anteriormente, proponemos una visión que sea ante todo reflexiva y creativa, que nos lleve a modelos sistémicos donde lo ecológico, lo socio-económico y lo político estén integrados. Donde los valores y aspectos internos sean parte integral. Existe una base sólida para evaluar los problemas vinculados al cambio climático y entender qué es lo que está realmente en juego. Numerosas cuestiones que están siendo analizadas por investigadores de las ciencias sociales y las humanidades llaman la atención sobre las dimensiones subjetivas y objetivas de los procesos de cambio global, dichas dimensiones pueden ser utilizadas conjuntamente para evaluar qué hacer frente al cambio climático. Por ejemplo, ¿cómo influye el cambio climático la capacidad de los individuos y las comunidades para responder a tensiones múltiples e interactivas? ¿La seguridad de quién es la más amenazada por el cambio climático

y por qué? ¿Qué responsabilidades tienen los diversos actores y cómo pueden esas diferencias ser consideradas al momento de enfrentar las soluciones? ¿Qué tipos de adaptación son verdaderamente sustentables y cuáles, por el contrario, contribuyen a profundizar la vulnerabilidad de las generaciones presentes y futuras? ¿Qué influencia ejerce el cambio climático sobre las diversas necesidades y sobre los valores que conforman la seguridad humana? ¿Cuáles son las implicaciones culturales del cambio climático y cómo influyen sobre las visiones del mundo y los sistemas de creencias? ¿Los valores de quién se toman en cuenta en las respuestas contemporáneas (o en la falta de respuestas) al cambio climático? ¿Cómo pueden resolverse los conflictos de valores?

Una base normativa más amplia para comprender el cambio climático será un elemento clave de la nueva ciencia. *La nueva agenda de investigación que proponemos aquí señala que el cambio climático es más que un problema ambiental: es un problema social, un problema del desarrollo y un problema ético que está estrechamente vinculado con la seguridad de la humanidad.* En este sentido los impactos del cambio climático no surgen sólo de los cambiantes parámetros climatológicos. Ellos son intensificados, reducidos o eliminados de acuerdo al contexto dentro del cual tienen lugar. Una nueva ciencia sobre el cambio climático puede mostrar claramente que las respuestas a esta problemática deben extenderse más allá de las “políticas climáticas” para abordar el contexto social, económico, institucional y político en el cual el cambio climático ocurre y es experimentado. Esto exige el reconocimiento de qué intereses y valores opuestos deben ser negociados y discutidos de forma democrática. La asunción de que las soluciones a los retos del cambio climático pasa por un periodo de conflicto no constituye una razón para desesperar. Al contrario, es razón para fomentar la filosofía del debate y la tolerancia. Este reconocimiento del conflicto no es incompatible con buscar, como meta, propuestas que sean justas. Atender el cambio climático nos obliga a reconocer como concepto central el tema de la justicia climática, de modo que, los movimientos sociales y actores puedan reflexionar abiertamente acerca del significado de este reto civilizacional que enfrentamos. Abordando en un debate más abierto y democrático el valor real para cada uno del rol de los seres humanos en todos los puntos de un planeta lleno de seres vivos y de naturaleza. Debemos repensar cuestiones filosóficas profundas del valor de la vida humana, la mía y la tuya, la de los míos y la de los tuyos. Visiones de lo que significan el progreso, el desarrollo y la calidad de vida. Visiones del futuro y de solidaridad, visiones en las que la naturaleza esta viva con nosotros, es parte nuestra y parte tuya.